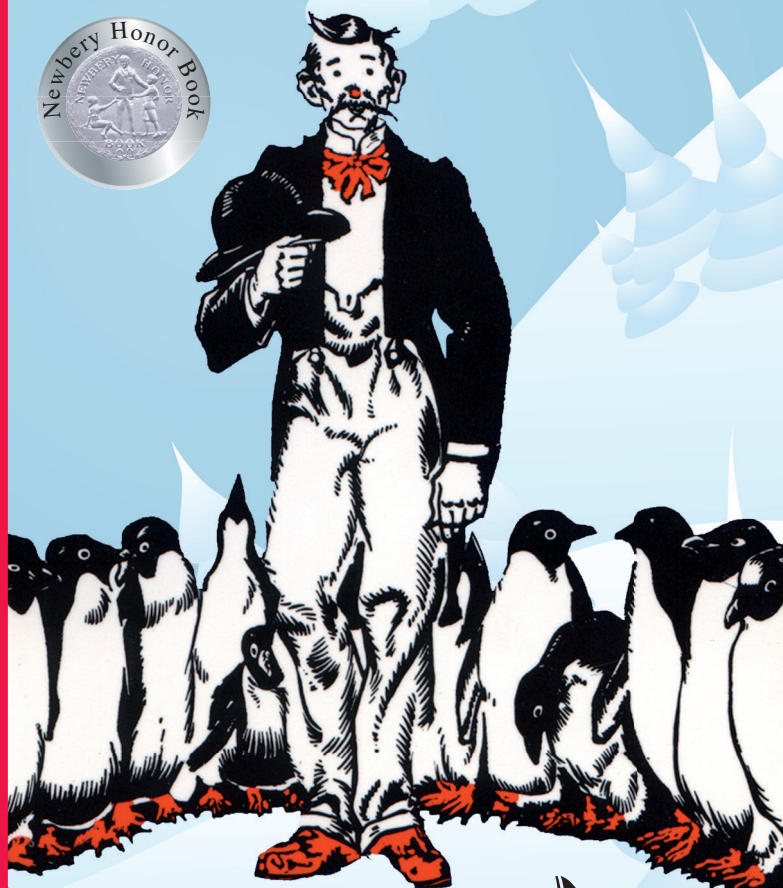
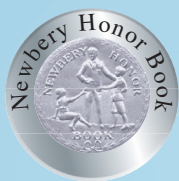


Los pingüinos del señor Popper

Richard y Florence Atwater



Norma

Los pingüinos del señor Popper

Richard y Florence Atwater

Ilustraciones de Robert Lawson

Traducción de Olga Martín y Paula Botero

 **Norma**

mx.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile

Atwater, Richard, 1892-1948

Los pingüinos del señor Popper / Richard Atwater, Florence Atwater ;

ilustrador Robert Lawson. -- Bogotá : Grupo Editorial Norma, 2011.

184 p. : il. ; 20 cm. -- (Colección Torre de Papel. Torre Roja)

ISBN 978-958-45-3517-7

1. Cuentos infantiles estadounidenses 2. Pingüinos - Cuentos infantiles

3. Historias de aventuras I. Atwater, Florence, 1896-1979 II. Lawson, Robert, il. III. Tit. IV. Serie.

I813.4 cd 21 ed.

A1297769

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Título original: *Mr. Popper's Penguins*

D.R. © 1938, Richard y Florence Atwater

D.R. © 2011, Editorial Norma S.A., para América Latina
Avenida Eldorado No. 90-10.

Esta edición fue publicada en acuerdo con
Little, Brown and Company, New York,
New York, EE.UU. Todos los derechos reservados.

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la Editorial.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Quinta reimpresión México, septiembre 2020

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Ilustración de cubierta: Robert Lawson

Diseño de cubierta: Paula Andrea Gutiérrez

Diagramación: Andrea Rincón Granados

ISBN: 978-958-45-3517-7

Contenido

Capítulo I	
Stillwater	9
Capítulo II	
La voz en el aire	17
Capítulo III	
Fuera del Antártico	25
Capítulo IV	
El Capitán Cook	35
Capítulo V	
Problemas con un pingüino	45
Capítulo VI	
Más problemas	53

Capítulo VII	
El Capitán Cook hace un nido	61
Capítulo VIII	
El paseo del pingüino	69
Capítulo IX	
En la barbería	79
Capítulo X	
Sombras	85
Capítulo XI	
Greta	91
Capítulo XII	
Más bocas que alimentar	99
Capítulo XIII	
Preocupaciones económicas	109
Capítulo XIV	
El señor Greenbaum	115
Capítulo XV	
Los Prodigiosos Pingüinos	
Popper	123
Capítulo XVI	
De gira	135
Capítulo XVII	
Fama	145

Capítulo XVIII	
Vientos de abril	153
Capítulo XIX	
El almirante Drake	163
Capítulo XX	
Adiós, señor Popper	173

Capítulo I

Stillwater



ra una tarde de finales de septiembre. En la pequeña y agradable ciudad de Stillwater, el señor Popper, pintor de casas, volvía a casa del trabajo.

Llevaba sus baldes, sus escaleras y sus listones, por lo que avanzaba con bastante dificultad. Estaba salpicado de pintura y cal, y del pelo y del bigote le colgaban pedacitos de papel tapiz, pues era un hombre más bien desaliñado.



Los niños que estaban jugando levantaban la mirada para sonreírle cuando pasaba, y al verlo, las amas de casa decían: “Ay, Dios, tengo que acordarme de pedirle que me pinte la casa en primavera”.

Nadie sabía qué pasaba por la cabeza del señor Popper, y nadie imaginó que un día se convertiría en la persona más famosa de Stillwater.

Era un soñador. Incluso cuando estaba ocupadísimo alisando el pegamento del papel tapiz, o pintando los exteriores de las casas de otras personas, solía olvidarse de lo que estaba haciendo. Una vez, pintó tres lados de una cocina de verde, y el otro de amarillo. La dueña de casa, en lugar de enojarse con él y pedirle que repitiera el trabajo, había quedado tan contenta que le había pedido que lo dejara así. Y al ver su cocina, las otras señoras también la admiraban, de manera que, poco después, todo el mundo en Stillwater tenía la cocina pintada de dos colores.

La razón por la que el señor Popper era tan distraído era porque siempre estaba soñando con países lejanos. Nunca había salido de Stillwater. Pero no era infeliz. Tenía su casita, propia y agradable, y dos hijos, llamados Janie y Bill. Aun así habría sido genial, pensaba con frecuencia, si hubiera podido andar un poco el mundo antes de conocer a la señora Popper y echar raíces. Nunca había cazado tigres en la India

ni ascendido a la cima del Himalaya ni buceado en busca de perlas en los mares del sur. Pero, sobre todo, nunca había visto los Polos.

Eso era lo que más lamentaba. Nunca había visto esas blancas extensiones brillantes de hielo y nieve. Cuánto le habría gustado ser un científico, en vez de un pintor de casas en Stillwater, para poder participar de las grandes expediciones a los puntos más septentrionales y australes de la Tierra. Y como no podía ir a los Polos, siempre estaba pensando en ellos.

Cada vez que oía que una película sobre estas regiones había llegado a la ciudad, era el primero en la fila de la boletería, y con frecuencia se las veía hasta tres veces. Cada vez que a la biblioteca pública llegaba un nuevo libro sobre el Ártico o el Antártico —el Polo Norte y el Polo Sur—, el señor Popper era el primero en pedirlo prestado. De hecho, había leído tanto acerca de los exploradores polares, que podía nombrarlos a todos y contar lo que había hecho cada

uno. Era toda una autoridad en la materia.

De todos los momentos del día, el que más le gustaba era la noche. Entonces podía sentarse en su casa y leer acerca de esas regiones en la parte superior e inferior de la Tierra. Mientras leía, tomaba en sus manos un pequeño globo terráqueo que Janie y Bill le habían regalado la Navidad anterior y buscaba el lugar exacto sobre el que estaba leyendo.

Y ahora, mientras recorría las calles camino a casa, estaba contento porque el día había terminado y porque era finales de septiembre.

Cuando llegó a la cerca de la pulcra casita número 432 de la Avenida Proudfoot, entró.

—Bueno, amada mía —dijo mientras ponía sus baldes y escaleras y listones en el piso, y le daba un beso a la señora Popper—, la temporada de decoración ha terminado. Ya pinté todas las cocinas de Stillwater y empapelé todos los cuartos en el nuevo edificio

de apartamentos de la Calle Elm. No volveré a tener trabajo hasta la primavera, cuando la gente quiera pintar sus casas otra vez.

La señora Popper suspiró.

—

14

—A veces desearía que tuvieras uno de esos trabajos que duran todo el año, y no solo desde la primavera hasta el otoño —dijo—. Será muy bueno tenerte en casa durante tus vacaciones, claro, pero es un poco difícil barrer con un hombre que se la pasa todo el día leyendo.

—Podría decorarte la casa.

—¡Eso sí que no! —dijo la señora Popper con firmeza—. El año pasado pintaste el baño cuatro veces porque no tenías nada más que hacer, creo que ya fue suficiente. Pero lo que me preocupa es el dinero. He ahorrado un poco, y supongo que alcanzará para que nos las arreglemos como lo hemos hecho otros inviernos. De ahora en adelante, nada de rosbif y nada de helado, ni siquiera los domingos.

—¿Tendremos que comer fríjoles todos los días? —preguntaron Janie y Bill, que venían de jugar afuera.

—Me temo que sí —dijo la señora Popper—. Ahora vayan a lavarse las manos que vamos comer. Y Papá, guarda todas esas pinturas, pues no vas a necesitarlas por un buen tiempo.